

## "...Y DE LOS PEDAZOS QUE SOBRARON RECOGIERON SIETE CANASTOS" (MC 8,8b)

Juan Manuel Hurtado López  
Misión Ocosingo-Altamirano

### 1. Unas palabras sobre la perícopa (Mc 8,1-10)

Este texto es muy probablemente una segunda narración de la primera multiplicación de los panes que se encuentra en Marcos 6,34-44. Desde el punto de vista de la crítica de las formas, es la narración de un hecho que viene nuevamente presentado en atención a que prefigura la Eucaristía cristiana, esta vez como alimento para los paganos: "los que vienen de lejos" (Mc 8,3), mientras que en Marcos 6,34-44 el signo está dirigido a los judíos<sup>1</sup>. En este texto se subraya el hambre física de la multitud, en Marcos 6,34-44, el hambre es más teológica: hambre de la Palabra: "...sintió compasión de ellos, pues eran como ovejas sin pastor, y se puso a enseñarles largamente (Mc 6,34)."

Finalmente, hay una coincidencia más elaborada en cuanto al número de panes y de canastos sobrantes: "¿Cuántos panes tienen? Ellos respondieron: Siete" (Mc 8,5). Y con los pedazos sobrantes llenaron siete cestos, la palabra griega aquí es *spurídas*, mientras que en Marcos 6,43 la palabra es *kophínoi* : el canasto del alimento judaico. Muy probablemente pues, se trata de una catequesis elaborada en una Iglesia griega<sup>2</sup>.

### 2. El pan en la Biblia

Como sabemos, el pan en la Biblia significa todo el alimento del hombre, todo lo que necesita para llevar una vida con dignidad. Es su techo y su comida, su vestido y su trabajo, su sandalia y su parcela, es lo cotidiano de su vida; es su educación y religión, son sus relaciones sociales, el cariño y el amor, son sus días. Por eso en la Biblia se dice: el pan de las lágrimas (Salmo 42; 102); el pan del sufrimiento (Job); el pan de la alegría, para significar que el pan es la vida misma del hombre, los acontecimientos de cada día. El libro del Eclesiástico nos dice: "El pan es la vida del pobre. El que le quita el pan es un asesino" (Eclo 34,21)<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> GRANDE COMENTARIO BIBLICO, =Queriniana= Brescia, 1973, p.868

<sup>2</sup> Ibídem, p. 868

<sup>3</sup> La palabra pan aparece 66 veces en la Biblia

Reflexionar entonces sobre el pan en los gestos de Jesús, nos está remitiendo a la vida misma de la persona, a lo cotidiano y, por esto mismo, tiene una alta carga simbólica, como es el caso en las dos equivocadamente llamadas "multiplicaciones" de los panes. Nunca en la narración de estos eventos se usa la palabra griega para multiplicar. La que se usa es: *katé/klasen*: partió los panes y los iba dando, en Mc 6,41; *(é)klasen*: los partió, en Mc 8,6. Y usa: *(e)mé/risen*: los dividió, refiriéndose a los peces. Entonces, sólo encontramos "compartir, repartir, dividir el pan, partirlo, quebrarlo", nunca multiplicarlo.

En el segundo reparto de los panes -nos vamos a corregir por ahora y no lo vamos a llamar multiplicación- que pone San Marcos, entran en escena unas cuatro mil personas, sus discípulos, Jesús, "siete panes" y "unos cuantos peces". Terminada la comida, de los pedazos que sobraron, sus discípulos recogieron siete cestos. En la primera multiplicación de los panes, narrada en los tres sinópticos y en Juan (Mc 6,15-44/Lc 9,12-17/Mt 14,13-21/ Jn 6, 1-13) sobraron 12 canastos y, según los sinópticos, las personas alimentadas eran unas 5 mil.

A este propósito comenta Gustavo Gutiérrez que llama la atención no sólo el signo de haber compartido el pan y los peces para saciar aquella multitud, sino, dice él, el signo de recoger "lo que sobró" y llenar siete canastos. ¿Para qué son esos siete canastos sobrantes? Para indicar, que el signo de compartir debe continuar, para que la práctica de sus discípulos sea siempre el compartir. Era como instituir desde aquel momento un sacramento, una señal, marca para sus discípulos.

Pues bien, vamos a fijarnos en estos "siete canastos" sobrantes, en éste como símbolo-sacramento que va a quedar ya en la memoria de sus discípulos. De hecho, Jesús mismo les preguntará en una ocasión: "¿Y cuando multipliqué el pan para dar de comer a aquella multitud hambrienta, cuántos canastos sobraron?" Y ellos contestaron: "Siete" (Mc 8,20).

### 3. Una práctica diferente

En las comunidades tseltales hay maneras de hacer las fiestas. Primero se prepara todo muy bien: las banderas, las velas, el incienso, los cohetes, las flores, la juncia, los tambores, las guitarras, los violines, el bajo, el requinto, los tamales, el *atol* (*atole*), la tortilla y el "*wacax*" (la vaca, la res) que se va a sacrificar y a compartir. También el catequista avisa al Principal y a las demás autoridades de la comunidad sobre su cometido: los *tuhuneles*

(candidatos al Diaconado), diáconos y sus esposas, Presidente de ermita, coros, Principal para que haga la oración comunitaria de la Fiesta, o cuando llegan las comunidades visitantes, o si se va a hacer el *Pato'tan* (saludo al corazón). Si llega el sacerdote se prepara la Eucaristía, pero integrada a su Fiesta y a su cultura, a sus ministros. Es decir, un signo de la fiesta tseltal es la participación, todos hacen la fiesta. Y el otro signo es el compartir.

En lo que me voy a fijar ahora, de acuerdo al texto escogido, es que, cuando termina la Fiesta y la comida para todos y todas, niños, ancianos, grandes, jóvenes, mujeres, a la mañana siguiente, "lo que sobró de la comida": carne, tamales, "*atol'*", el encargado de la Fiesta, que normalmente es el capitán, pasa a repartirlo entre las familias de la comunidad. Lo que no se hace ni se comprendería en esta cultura, es "guardar la comida", acumularla para los días siguientes. No, todo, no importa cuán abundante sea o qué tan pobre sea la familia que hizo la fiesta, se reparte. Todo se reparte hasta que se acaba. Esa es la práctica y esa es la espiritualidad de estos hermanos tseltales. La comida se hace para compartir, igual que la Fiesta, la alegría, la vida. Pues esta dinámica tseltal del compartir "lo que sobró de la comida del día anterior", se parece a los siete canastos llenos de los pedazos que sobraron, del Evangelio marqueano...y se parece asombrosamente a la Eucaristía que nos dejó Jesús, como yo recordaba aquí hace años en una exposición sobre las comidas tseltales y la Última Cena de Jesús<sup>4</sup>.

#### 4. Una palabra teológica

¿Por qué las comidas de Jesús son comidas del Reino? Vistas las comidas de Jesús como anticipo de la Cena del Señor, tienen las primeras la marca de ser comidas del Reino, porque Jesús come con los pecadores y alejados de Dios; y la segunda tiene el distintivo de hacer presente el Reino de Dios en la persona de Jesús, puesto que él asocia simbólicamente el pan y la copa de vino con la memoria de su pasión y muerte, de su entrega; es decir, con la realización del amor y misericordia de Dios con los pecadores.

Así lo refiere I Cor 11, 23-26: "...la noche en que iba a ser entregado". Con esta evocación, afirma Moltmann, la comunidad no se limita a imitar la última cena de Jesús, sino se pone en la situación de Getsemaní y del Gólgota. Desde entonces el pan y el vino hacen presente el Reino de Dios en la

---

<sup>4</sup> HURTADO, Juan Manuel, De las comidas tseltales, a las comidas de Jesús, a la Última Cena. Un aporte a la comprensión teológica de la Eucaristía en tiempos de globalización, en: CHRISTUS, Mayo-Junio 2005, Págs. 20-25

persona de Cristo, en su cuerpo quebrantado "por nosotros" y en su sangre derramada "por nosotros" <sup>5</sup>.

"En la pasión y muerte de Cristo se realiza el Reino de Dios, en cuanto lo "abre" a los pecadores y alejados. En su muerte se realiza históricamente la misericordia de Dios por él representada".<sup>6</sup>

Finalmente, la cena del Reino se convierte así en la memoria de la pasión y muerte de Jesús, es una memoria que abre el horizonte del Reino a todos los abandonados del mundo. "En este sentido, la cena de la memoria de Cristo es la cena de los que compadecen a los dolientes de este mundo y esperar por ellos una cena de esperanza"<sup>7</sup>.

La insistencia en las comidas de Jesús como comidas del Reino, fundamenta y abre la perspectiva del futuro de la vida nueva que Jesús anunció y la dimensión pascual de toda comida al estilo de Jesús: esto es, de asumir los sufrimientos de los pobres y alejados de la sociedad.

## 5. Los diez leprosos (Lc 17,11-19)

Este texto que narra la curación de los diez leprosos es propio de Lucas. Pero esto no quiere decir que tenga menos fundamento que los otros relatos que se encuentran en los tres sinópticos o Juan. Aquí Jesús sana a diez leprosos que le salen al camino a gritar: "Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros". Lo que sale del guión y llama nuestra atención es que, de los diez curados, sólo uno volvió a agradecer a Jesús su curación, y éste, dice Lucas, amigo de subrayar la inclusión de los excluidos en la obra de Jesús, era un extranjero (Lc 17, 18). Por el contexto geográfico de la narración lucana, se infiere que el leproso era samaritano, no tanto galileo, la tierra de Jesús y de sus discípulos.

¿Por qué habíamos de incluir esta narración entre los siete canastos de pedazos de pan y de pescado que sobraron? Dice San Lucas que el leproso, al verse sano, volvió de inmediato "alabando a Dios en alta voz" (Lc 17,15). Y Jesús añade: "El único que ha vuelto a alabar a Dios ha sido este extranjero" (Lc 17, 18). No cabe duda que la alabanza, la gratuidad es un gesto de amor, de compartir, de quien se siente con paz en el corazón, de quien se siente como un jarro rebosante hasta los bordes de fresca agua, dispuesto a darla y a compartirla. Lo que puede continuar la dinámica del compartir, inaugurada por Jesús con el reparto de los panes y con sus siete

---

<sup>5</sup> MOLTSMANN, Jürgen, El camino de Jesucristo. EDICIONES SIGUEME. Salamanca 1993, pág. 282

<sup>6</sup> Ibídem

<sup>7</sup> Ibídem, pág. 289

canastos sobrantes, en nuestro mundo, es el corazón sanado, reconciliado, en armonía consigo mismo.

En la situación deplorable de los diez leprosos que, además de ser enfermos eran y se sentían excluidos del culto, de la familia, de la vida social, de la vida política, de la mesa del pan necesario de cada día, lo único que podía devolverlos a la vida, era su salud. Y esto fue justamente lo que Jesús les devolvió, en un acto de amor de su parte, en un acto de misericordia con los sufrientes, de moversele las entrañas -que esto quiere decir la palabra compasión-, en un acto de compartir. Y el leproso, por su parte, acoge esa dinámica nueva para él en su vida -posiblemente nunca antes la había experimentado- y la sabe regresar en un gesto de alabanza a Dios -posiblemente nuevo para él en su vida-, en un gesto de gratitud absoluta como es la alabanza. Es decir, Jesús con su gesto, logra impactar el centro del corazón y hacer nacer una actitud nueva y una dinámica nueva para vivir la vida.

Esto es lo que finalmente, creo yo, nos quieren enseñar a nosotros los gestos de Jesús en los Evangelios y los gestos de vida nueva y sencilla de los pueblos tseltales y muchos otros pueblos indios: hacernos capaces de sustentar nuestra vida en otras bases que en el dinero, en la acumulación, en los conocimientos, en el poder, tan aceptados en nuestra cultura consumista postmoderna. Pero el gesto debe ser de tal transparencia que logre sacudir los pisos superiores e inferiores de nuestra conciencia y logremos ver con los ojos de Jesús la primacía absoluta e irrevocable del compartir como estilo de vida, que fue lo que nos dejó en herencia, en ejemplo y en mandato en los siete canastos de pan sobrantes.

## **6. Las dos moneditas de la viuda (Mc 12, 41-44)**

Las dos moneditas de muy poco valor que echa la viuda y pobre en las alcancías del templo, nos recuerdan nuestros siete canastos.

Esta vez Marcos nos pone el cuadro que ve la mirada de Jesús: la gente echa dinero en las alcancías y los ricos daban grandes limosnas. La que se sale de cuadro es la viuda que echa muy poco dinero en la alcancía, apenas dos moneditas de muy escaso valor. Pero la escena no pasa inadvertida para el ojo atento de Jesús. Tanto que llama la atención de sus discípulos y les dice su apreciación de lo que vio y su juicio. "Ella, escribe San Marcos, ha dado más que todos ellos". Dos monedas pequeñas de escaso valor, dadas con corazón, valen más que las grandes, valiosas y sonantes monedas de los ricos que dejan caer con ostentación en las alcancías para proseguir su viaje hacia

el interior del templo. ¿Por qué, nos preguntamos? Por el fin con que se hace y por la procedencia de la limosna. Para los ricos, como era dinero de lo que les sobraba, podía ser un simple gesto rutinario, cultural, hasta de vanagloria, si se quiere. Eso dice Jesús: "Ellos han echado ese dinero de lo que les sobraba" (Mc 12,44). Para la viuda y pobre, la procedencia de su limosna es vital. Dice Jesús: "ha dado lo que había reunido de sus privaciones, eso mismo que necesitaba para vivir". (Mc 12, 44b). O lo que dice el libro del Eclesiástico, que citábamos: El pan es la vida del pobre (Eclo 34,21). Y en cuanto a la finalidad de la acción, en cuanto a la intención, la situación marginal, de pobreza y abandono en que vive la viuda no le da muchos espacios para la vanagloria, el orgullo, quedar bien humanamente con alguien. Sólo queda el verdadero culto a Dios, que era el único en este caso que podía medir la acción de la viuda. Sólo Dios sabía de su desprendimiento, de su verdadera fe, de su sentido de adoración de lo sagrado que ella manifestaba en ese pequeño gesto: dar su limosna. Y en este sentido, se acerca asombrosamente a la dinámica inaugurada por Jesús de los siete canastos.

Sólo quien, como la viuda se desprende de lo necesario para vivir para compartirlo con el necesitado, entra en el verdadero culto a Dios, que es el que daba la viuda pobre con su práctica. Por eso este gesto no pasó desapercibido por Jesús. Esa era la práctica del Reino que Jesús intentaba mostrar por todos los medios posibles a sus discípulos. Entrar a la dinámica de la viuda pobre que se desprende de lo necesario para la vida, es entrar en la dinámica propuesta por el reparto de los panes y los peces, es entrar en la dinámica de los siete canastos para seguir compartiendo.

## **7. En busca de los siete canastos**

En nuestra sociedad, dividida por la injusticia, por la desigualdad y por el hambre, falta implementar la dinámica de los panes y de los peces.

Aquí es muy importante recordar la bella expresión de Desmond Tutu, el líder africano: "Yo soy, si también eres tú". Se trata del sujeto colectivo: la identidad personal se define en relación con la existencia de los otros. Para que yo exista, es necesario que también los demás existan. A diferencia del sujeto individual que afirma: "Yo soy, luego existo". Aquí se da la competencia, la exclusión, la destrucción del otro. El puede afirmar: "Si no hay para todos, que por lo menos haya para mí". Es la lógica del mercado

neoliberal. En cambio, en el sujeto colectivo, la afirmación es: "Si hay para todos, entonces hay para mí"<sup>8</sup>. Es otra dinámica.

Ya vimos cómo en las fiestas de los pueblos tseltales se reparte hasta que se acaba. En la diócesis de San Cristóbal de Las Casas, cuando hay Encuentros diocesanos de Diáconos o Encuentros de Teología India, participan hasta 800 personas durante cinco días en comunidades indígenas muy pequeñas y asistimos al milagro del compartir: las comunidades cercanas colaboran desde su pobreza y con sus manos para realizar todo el trabajo, todos comemos y nadie se queda con hambre. En sí, el dinero en efectivo que se gasta en estos Encuentros resulta hasta ridículo en comparación con la enorme necesidad de dar de comer a 800 bocas. Algo semejante podríamos mencionar de los Encuentros Nacionales de Comunidades Eclesiales de Base que se realizan en el país.

¿Cómo implementar esta dinámica del compartir, sugerida en los siete canastos llenos de los pedazos que sobraron? Es obvio que cada pueblo y cada cultura tienen que buscar en su acervo lo que Dios sembró para compartir.

Con respecto a símbolos del compartir, los pueblos mayenses pueden ofrecernos algunos "canastos con panes y peces".

En el *Altar Maya* encontramos la totalidad del universo, de la vida de Dios y del hombre, de los cuatro rumbos del universo, de la tierra y del cielo. Justamente a Dios así se le invoca, como "Corazón del cielo y Corazón de la tierra". Es un símbolo sin exclusiones, donde cada uno tenemos nuestro lugar. El Altar Maya es una síntesis teológica que los abuelos y abuelas mayenses nos heredaron como fruto de su sabiduría y de su experiencia de Dios a través de miles de años. "Ahí está expresada la misión de los hombres y mujeres y la acción de Dios para construir la vida para todos y todas, para hacernos responsables de la historia y de la creación"<sup>9</sup>.

En el *Rito del Caracol*, con las tres veces que se hace sonar el caracol y sus tres vueltas, tenemos el llamado de Dios a la vida de servicio a la comunidad, a ser inter-mediadores, a mostrar el corazón de Dios para buscar la vida

---

<sup>8</sup> RICHARD, Pablo, Los pueblos indígenas y mestizos como sujetos históricos ante los desafíos actuales, en: Congreso Teológico Pastoral –Ponencias- San Cristóbal de Las Casas, 2010, pág. 36

<sup>9</sup> María del Refugio Esparza, MIF, María Celia Guadalupe Rojas, HDP, Juan Manuel Hurtado, en Congreso Teológico Pastoral –Ponencias- San Cristóbal de Las Casas, 2010, Pág. 100

abundante para todos y todas; es el grito de la tierra nuestra madre, donde debemos escuchar el grito de Dios.

Pero también significa que tenemos que dar tres vueltas para poder entrar en lo profundo de nosotros mismos para ahí encontrar la voz de Dios y luego salir desde el centro del corazón para poder dar esa palabra a la comunidad. Es desde lo profundo de la vida que podemos compartir con los demás.

En el Rito del *Pato'tan* -Saludo al corazón- tenemos el saludo y la oración de los Principales para que el corazón se sienta en casa, para permitirle a la persona -o al pueblo que viene- que entre a la comunidad. Que su corazón se sienta en armonía en la nueva casa adonde llega.

Y en el *Ah'cot* -baile ritual- nos ponemos en armonía con la creación, con Dios, con la comunidad, con nuestro corazón. Eso lo expresamos con el lento, suave y rítmico vaivén de nuestro cuerpo y en el movimiento de nuestros pies. Por eso el baile es largo, para que se asiente el corazón, para escuchar el centro de nosotros mismos, para escuchar a Dios.

## **8. Conclusión**

Mucho tenemos que aprender de Jesús, de sus siete canastos de panes y peces sobrantes, de la Eucaristía cristiana. Pero también mucho tenemos que aprender de la vida de los pueblos indígenas en sus gestos comunitarios de compartir, muchas veces expresados en sus Ritos, en sus mitos. Lejos de abandonar esta riqueza, debemos ir al rescate de lo que en miles de años a estos pueblos les dio vida.

Gracias Jesús por tus siete canastos de panes y peces, gracias hermanos y hermanas tseltales por sus gestos de compartir que nos humanizan en esta época post-moderna.